



ADN
UNA FAMILIA LLAMADA PAMPILIA

Francisco Tosi

ADN

UNA FAMILIA LLAMADA PAMPILIA



Primera edición: marzo 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Francisco Tosi

ISBN: 978-84-18663-50-5

ISBN digital: 978-84-18663-51-2

Depósito legal: M-8241-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A María Julia, amor, esposa y ejemplo de vida.

A Eugenia Julia, nuestra querida hija.

PRÓLOGO

Los ancestros se pierden en los tiempos. Como las hijas de Barranco ubican la imagen reciente de su padre en un lugar importante de su vivir cotidiano, así, de a poco, en las sucesivas generaciones relatos y hasta figuras pasarán a sitios más oscuros para perderse en el ángulo aberrante del olvido.

Pero todos tenemos antepasados, eso es algo seguro e indiscutible. No solo desde la antigua Roma para los que anduvieron por ahí, sino desde toda la tierra. En el caso de los Pampilia son antepasados que estuvieron en Roma, vinieron desde Turquía y desde Grecia, y es posible que algunas ramas del árbol fueran a brotar en la Argentina. En definitiva, una historia cualquiera y a la vez única. La inefable genealogía de Roberto José Pampilia. Para el que no sabe dónde va todos los vientos son buenos, hubiera dicho Séneca. El conejo sabio también le confirmó a Alicia ante sus dudas sobre cuál puerta abrir que una vale la otra. Sin duda, la coincidencia del apellido a través del tiempo es más que una pista y menos que una prueba. Poco importa para una historia que avanza sin fin.

EL AUTOR.

Capítulo I

La fundación

Las blancas murallas de Troya cayeron desde adentro. No fue la invencible espada de Aquiles, ni la muerte de Héctor ante la mirada aterrada de Andrómaca y los troyanos. Fue la astucia de Ulises, quizás el temor místico de los sitiados ante aquel caballo enorme y majestuoso. O quizás la traición.

Las llaman consumían la ciudad mientras la alianza de reyes y príncipes griegos arrasaba con el botín y sesgaba las vidas de los defensores y sus familias. Príamo, el de los cien hijos, rey de reyes, refugiado en el templo, moría degollado por Neoptólemo, hijo de Aquiles. Paris no pudo retener a Helena, la injustificada causa de aquella larga guerra. Había acertado a Aquiles en el talón con la flecha envenenada. Así terminó la ira funesta del semidiós, desesperado y furioso tras la muerte del hermoso Patroclo en el campo de batalla. En aquel terrible momento, donde se rendían las crueles cuentas del asalto a Ilión, Venus suplicó a Júpiter la salvación de algunos. El dios de dioses ponderó el asunto y liberó a las Parcas de llevarse a Eneas porque se había reservado a él otro destino: fundar una ciudad que habría de ser formidable y dominaría el mundo. Quizás, la vengadora de Troya.

Una futura potencia, bien distante de allí, en el Lacio. En la gran península, tras el mar y más allá de Grecia. Venus lo reclamaba como su hijo; Júpiter, por su destino, lo salvó. Un grupo pudo dejar la ciudad ardiente. Eneas, casado con Creúsa, una de las hijas

e Príamo, lo acompañaba con el hijo de ambos, pequeño. También iban otros, Acates, Sagreste, Acmon, Lápix, el médico, y su ayudante de incierto origen Fisenos.

Creusa recibió una flecha en la espalda y murió al llegar a la playa. Eneas llevaba en sus espaldas al anciano padre Anquises y al hijito Ascanio; no pudo hacer nada más que seguir la fuga. Ese día Venus convenció a Eolo para que favoreciera los vientos y las dos naves lograron hacerse a la mar y escapar a la masacre. Pero los humores de Eolo son también poco confiables y los llevaron a Macedonia. Diomedes, amigo de Ulises y también de Eneas, los había precedido. Los ayudó a desembarcar y reponerse de las fatigas. Eneas cumplía el deseo de los dioses y, ayudado por Fisenos, llevaba la sagrada figura de Minerva ricamente tallada en madera, el Paladio. También las imágenes sagradas de los antepasados. Esto justificaba que Diomedes, respetuoso de los dioses, los ayudara. En un sueño se apareció a Eneas la misma Venus, para darle consuelo y confianza. Júpiter, más específico, visitó al troyano en su mente relajada por la inconsciencia del sueño, para recordarle su misión superior: fundar la ciudad nueva, futura dominadora del mundo y preferida de los dioses, o sea, seguir el camino.

Debía ser en el lejano Lacio. A los pocos días, Eneas, que por su noble estirpe y su gran heroísmo en las batallas era el que debía conducir a los fugitivos, ordenó nuevamente la navegación. Hacia el Lacio, donde nunca había ido. Por el lado que llamaban los lidos ausonios, en pleno mar Tirreno. La navegación iba a ser larga y peligrosa. Era necesario dejar atrás la Grecia de infausta memoria.

Es sabido que las tormentas son iras de los dioses. Particularmente de Neptuno. Ni aun con los sacrificios previos a la navegación, ni con la muerte expiatoria de Palinuro, el timonel, que dormido cayó a las aguas claras del mar Jónico, se quietaron los vientos. En aquel tiempo la navegación era solo diurna y siempre a vista de la costa, salvo los intrépidos cruces de canales, estrechos inevitables. Así fue que las corrientes los llevaron a territorio desconocido. Pero no era el territorio desconocido del Lacio, sino

otra costa, la de África. El reino de los gétulos. Avistaron en un promontorio una ciudad fortificada, con poderosas murallas. Desembarcaron. Los recibió la magnífica reina Elisa de Tiro, allí también llamada Dido. La ciudad que admiraban había sido fundada por ella, que había huido de Tiro con el tesoro del rey, su padre, amenazada por Pigmalión, su hermano, y sus secuaces. Dido había fundado esa nueva ciudad, de nombre Cartago. Eneas y sus compañeros fueron bien recibidos. Conocieron su amarga historia, porque además sabían que los fenicios habían simpatizado con Troya. Pasaron allí varios meses. Cierta vez, durante una cacería, se desató una fuerte tempestad, terrible y poderosa. Dido y Eneas, separados del grupo, se refugiaron en una cueva. Ella, la reina, era bella y voluptuosa; Eneas, un guerrero de mil batallas. Hicieron el amor diez días y diez noches ininterrumpidamente.

Cuando reaparecieron, prevenidos por los dioses, los cartagineses y los troyanos los aclamaron con vítores y cánticos. Incluso Fisiseno, como otros del grupo, encontró una bella fenicia, doncella o tal vez esclava de la gran reina. Se llamaba Dionat. La reina asintió y con ella construyó una casa dentro las murallas. Dionat no era tan bella como Dido, tal vez más morena, con ojos claros como una leona y un cuerpo de fibra y músculo, como una atleta. Fisiseno estaba feliz.

Pero Júpiter se presentó a Eneas y en un sueño impetuoso le recordó que había sido destinado a fundar una ciudad en el Lacio.

Una mañana Eneas y todo su grupo pusieron proa hacia el canal de Sicilia. Mientras cortaban la marea y enfilaban hacia la Trinacria, Dido, desesperada por la partida de Eneas, clavaba un puñal entre sus grandes pechos, derramando su sangre ante los cartagineses. Desde aquel momento maldito nació el odio por Roma y ese habría de ser el destino de la ciudad, aunque ni siquiera podías saber de su existencia. Fisiseno había llevado a Diomat como varios de sus compañeros lo habían hecho con bellas fenicias. En esos meses el embarazo iba siendo evidente. Fisiseno confiaba en que nadie objetaría la presencia de ella ni de las otras mujeres.

Desde Sicilia, remontaron el estrecho y, con la ayuda de Céfito y sin la intervención de Austro, el del viento malo, tras varios días, finalmente llegaron a los lidos ausonias, doradas playas del Lacio.

Eneas quería establecerse en una zona favorable y segura. Por eso tuvo que enfrentarse al rey Turno, de los rútuos de Ardea. Los troyanos eran pocos. Eneas llevaba un yelmo con plumas de cisne. Su fortaleza y su presencia eran imponentes. Muchos de los pastores errantes de la zona se les unieron. Lavinia, la virgen, que era hija del rey latino, se enamoró del troyano. Aun así, los enemigos eran muchos. Los dioses acudieron en su auxilio y enviaron a Evandro, príncipe de Arcadia, que había desembarcado allí con sus guerreros. Su hijo, Palante, con los mejores arqueros de Grecia fue decisivo para el triunfo de Eneas. En aquel momento de victoria se casa con Lavinia. Viven todos ellos en la ciudad, Latina. Hacía solo dos años que había caído Troya. Ascanio, hijo de Eneas, no quiere vivir en Latina, entiende que el verdadero mensaje de los dioses aún no está cumplido. Funda Alba Longa, la gran ciudad blanca. Cría a su hijo, fuerte y astuto, en la selva. Lo llama Silvio.

Pero el camino por el cual se cumplen los designios de los dioses es ciertamente misterioso. Pasan trescientos años de dinastía eneica, todos los reyes se llaman Silvio. Han sido treinta. Hasta que llega al poder el sabio Numitor. Su hermano Amulio, según la tradición, se ocupa del tesoro real. Pero Amulio pretende más. Con malas artes destituye a Numitor y lo encierra en una isla. Mata a sus hijos, solo deja viva a Rea Silvia, con la condición de que cumpla los treinta años de virgen sacerdotisa al cuidado del fuego sagrado y custodia del Paladio. Cierta tarde de verano Rea Silvia, con ropas ligeras, descansa junto al Tíber. Es verano y la brisa apenas roza las bellas facciones de la joven. Marte Silvano la ve desde lo alto de su olímpica divinidad. Como ha sucedido otras veces, el dios no puede contenerse ante una mortal y baja hacia ella sin hacer sonido alguno. Varias horas de amor lo dejan exhausto. Vuelve al Olimpo y deja a la mujer a su destino. Ella no puede evitar sentir la maravilla sobrenatural de aquel encuentro. Pero al tiempo comprende que

ese embarazo va a ser un gran problema. Solo la descubren porque el día del parto no puede evitar gritos de dolor y alegría ante el nacimiento de magníficos mellizos. Amulio no cree del todo en la divinidad del nacimiento, pero ante la duda es temeroso de la ira de los dioses, consciente, además, de la responsabilidad antigua de sus otros crímenes. Se enfurece, pero, aconsejado por augures y sacerdotes, decide arrojarlos al Tíber en una humilde cesta, siendo que el río es divinidad de la vida y se ocuparía de sus destinos lejos de allí. El esclavo responsable no se anima a tirarlos sin resguardo, los ubica en una cesta más grande y sólida, sobre los pastizales barrocos de las aguas rubias a resguardo de las corrientes.

Los encuentran al poco rato Fáustolo, el buen pastor, y Acca Laurenzia, una vieja prostituta. Ellos se compadecen de los niños. Los recogen y los llevan a su choza. Los cuidan hasta mayor edad. Una vez mayores les cuentan la verdad de su nacimiento. Los llaman Rómulo y Remo, dos nombres muy usados en aquella época. Han crecido en el bosque, hábiles en la caza y diestros con el puñal y el arco. Sin misericordia matan a Amulio y restablecen en el trono al anciano Numitor. Pero no se quedan. Vuelven a la margen izquierdo del Tíber.

Allí donde los criaron Fáustolo y Acca había un grupo de casillas y chozas sobre pilotes protegidas de las aguas rebeldes del río. Allí se establecen Rómulo y Remo. Van juntando más gente a la aldea y se erigen en conductores del grupo. Ya son un buen número. Muchos más hombres que mujeres. Trabajan los campos y fortalecen la comunidad.

Había principalmente latinos, pero también etruscos, volscos, sabinos, ecuos, rútilos y ausonios.

Un día, sobre el monte que llamarían Palatino, Rómulo decide usar el arado de bronce para trazar una línea profunda, para fijar una línea alrededor de las casas y chozas. El poderoso buey arrastraba la azada para marcar un nuevo límite. Allí se construirían las murallas de la ciudad nueva. La preferida de los dioses. Rómulo le dio el nombre de Roma. Había una aldea que ya se llamaba

Roma. También se decía que una mujer troyana tenía ese nombre. Era la que había insistido en quemar las naves que los habían traído al Lacio para nunca volver atrás. No volver atrás nunca. Por el nombre definitivo y por la conducción, Remo pelea con Rómulo. Reclama para sí el liderazgo. Intenta que su grupo ataque al de Rómulo. Pero son menos. Drante, que descendía de Fisen y Dionat, orgulloso de su estirpe, intenta intervenir en el pleito. Drante está del lado de Rómulo.

—Los dioses quieren que la ciudad se llame Roma.

Pero Rómulo y Remo no lo escuchan.

Rómulo exclama con solemnidad amenazante:

—Cualquiera que pase este límite sin mi autorización morirá.

—Así morirán todos los invasores.

Dice Remo:

—Seis buitres pasaron sobre mi cabeza. Señal de que soy el elegido.

En ese mismo momento, doce buitres pasan sobre Rómulo. Son aves rapaces y crueles.

Rómulo, como un relámpago, responde a la señal de los dioses y hunde el puñal en el pecho de su hermano. Otros dicen que fue la misma azada con que trazaba el surco.

El fratricidio consumó la fundación de Roma.

Drante, de inmediato, se ubicó dentro de las futuras murallas.

Capítulo II

Drante

Se despertó inquieto. Apenas antes del alba, el momento en que toda la aldea comienza su día. Drante se incorporó rápidamente lleno de energía, pero también de angustia.

Rómulo, el rey desde hace varios años, ha proclamado el *asylum*. Todos son bienvenidos. Fugitivos, refugiados, libertos, incluso esclavos útiles y fuertes. La población ha aumentado, no alcanza solo con el monte Palatino. La aldea se desarrolla hacia las otras colinas. Por eso reserva la cima del monte donde se fundó Roma para la custodia del Paladio, en honor a los dioses. La aldea controla el río Tíber, que es el camino a las salinas en donde el río desemboca al mar, algunos kilómetros al oeste. Hacia allí arranca el camino llamado Salario. Pero hay un problema serio, casi todos son hombres, faltan mujeres. Los pueblos y los ejércitos necesitan mujeres e hijos, había dicho Rómulo.

Ese día se han de celebrar juegos deportivos en honor a Neptuno. El rey romano invitó a los sabinos. El propio monarca sabino prometió concurrir. Drante está nervioso porque va a competir. Sabe que es el más rápido en la carrera larga. Además, tiene aguante. Se ha entrenado corriendo hasta el mismo mar y volver. El griego, el mejor médico de la aldea, le ha preparado un potaje. Tiene un gusto horrible. Pero ya lo tomó en ayunas, como le ordenó el griego.

Drante no conoce el valor de su contrincante en la carrera. ¿Cómo será el que le toque? Su competencia es una de las pri-

meras. Drante ve mucha gente. Los sabinos parecen ser más que los romanos. Hombres, muchas mujeres, ancianos. Un gran júbilo, muchos gritos.

Al fin lanzan una flecha ígnea y Drante sale disparado en la competencia. Mira a su adversario. Es un hombre fornido, tal vez un poco pesado y musculoso para la distancia. Es un recorrido señalado y los espectadores y jueces van marcando los puntos de paso. Cerca ya de la mitad, están prácticamente uno al lado del otro. Drante siente la respiración del sabino. Le parece que está agitado. O tal vez sea su deseo. Va promediando la segunda parte y está dejando atrás al otro. De repente siente un fuego interior, un impulso sobrenatural, tal vez la fuerza que le envía el propio Mercurio. Sus pies se levantan livianos y aumenta la velocidad. Falta poco para la llegada. Sus pies desnudos casi no sienten el terreno. Se siente ganador. Llega, pero no ve a nadie para recibirlo. Hay gritos. Los sabinos están agrupados cerca de su rey. Insultan en su idioma extraño, el áspero osco. Drante no entiende lo que vociferan. De repente, como le había anticipado el médico cuando le dio el brebaje, un cansancio profundo se apodera de su cuerpo. La vista se le nubla. Aparece todo borroso. Se apoya con la rodilla en el piso para no caer, increíblemente vencido por la fatiga. No entiende qué está pasando. Por qué gritan. ¿Le gritan a él? No, es imposible. Cae al piso y queda tendido. Mira con un ojo, de costado. Los sabinos ahora parecen menos. No se ven sus mujeres. ¿Dónde están?

Alguien se acercó. Es una mujer o un hombre, no logró distinguirlo. Mira para otro lado y ve cómo los romanos de la aldea están llevando, ¿raptando?, a las jóvenes sabinas. Se imagina que deben ser todas las solteras. Claro, las jóvenes.

La que se acercó es una mujer, ahora la ve bien. Pero no es su amada Anaid, que murió hace apenas un año. Esta no es tan joven, debe tener bastante más de veinte años, hasta podrían ser treinta. En un latín rústico le dice:

—¡Qué buena carrera, romano!

—¡Al fin alguien que lo valora!

La mujer no respondió nada. Le sonrió. Lo ayudó a levantarse y fueron juntos a la choza del hombre, a los pies del Palatino, apenas sobre la falda de una de las colinas. Drante llegó y se desmayó por el esfuerzo.

Después supo que todo había sido una trampa de Rómulo para poblar con esposas a Roma. Los sabinos no reaccionaron de inmediato. Pasaron varios años antes de la inevitable guerra.

Pero Drante y muchos romanos, durante esos años, se encontraron muy bien con las sabinas y así ellas. La mujer que lo había ayudado ahora era su esposa. Se llama Sabolia. Tenía su idioma y sus extraños dioses, pero al poco tiempo se romanizó. Drante nunca creyó la historia de Sabolia. Su trabajo no había sido de alfarera y tampoco parecía haber formado familia en Cures, de donde decía venir. Más bien tenía un gran talento para cuidarlo y hacerlo sentir bien. Fue extraño que ella lo buscara a él, con tanta iniciativa. Pero para él estaba bien, muy bien.

Habían ya tenido cuatro hijos; el preferido de Drante era el menor, Fisano, llamado así en honor a su lejano ancestro, prófugo desde Troya. Drante había quedado muy afligido por no haber podido tener hijos con su anterior esposa, la fenicia Anaid. Ahora los dioses lo compensaban.

El día de la batalla final con los sabinos, cerca del propio Capitolio, estando los dos ejércitos enfrentados, Sabolia y las otras mujeres sabinas se interpusieron entre los guerreros. La razón pudo más, ellas no querían ser huérfanas o viudas según fuera el triunfador. Cualquiera resultado habría de ser trágico. Así fue como la batalla se transformó en banquete y el rey sabino compartía el gobierno con Rómulo. Nunca más Roma iba a ver una diarquía como la que compartieron los romanos y los sabinos por esos años.

Cuando Rómulo creó el consejo de ancianos, el de los cien, Drante fue uno de los elegidos. Senador y padre de la patria, patricio, de esa pequeña aldea en expansión, la Roma de Rómulo y los

padres fundadores. Cada vez se acercaban más pobladores y crecía un formidable ejército.

Sabolía parecía no envejecer. Drante se preguntaba cuáles debían ser los misterios de la vida femenina. Él ya tenía cerca de cincuenta años, un hombre ya maduro. El camino recorrido por él y la ciudad ya había sido mucho. Rómulo había dividido la población en treinta curias. Las tribus fundamentales eran tres: la de los Ramnes que derivaban de Rómulo, donde estaba Drante; Titienses, que venían desde Tito Tacio, o sea, sabinos; y finalmente Luceres, que eran aquellos que no estaban incluidos en las dos anteriores.

El paterfamilias era el que marcaba la pertenencia.

El médico griego, aquel que le había dado la pócima ganadora, estaba muy viejo. Pero alcanzó, poco antes de morir, a darle varios emplastos, según él muy útiles. Drante los usó y se sintió mucho mejor. Eran útiles de verdad. Recuperó el vigor perdido. Hasta Sabolia, que parecía conocer muy bien los misterios viriles, se lo comentaba con admiración. Esa virtud de la medicina le alegró la vida. Esa era la importancia de ser romano, tener al propio alcance lo mejor de la existencia.

Vivió algunos años más. Tristemente el invierno frío y un verano muy caluroso hicieron mella en los jóvenes y los ancianos. El padre vio morir a tres de sus hijos, solo sobrevivió el menor. Hasta que una noche de otoño, Drante llamó a su amada Sabolia y le encomendó el cuidado de Fisano. En la madrugada, murió. Era el año treinta y seis de los treinta y ocho del reinado de Rómulo.

Capítulo III

Fisano

Han pasado algunos años del gobierno del segundo rey de Roma. Fisano nunca se cansaba de preguntarle a su madre, Sabolia, el relato de la desaparición de Rómulo, fundador y primer rey de Roma.

—Era un día a pleno sol, de repente el cielo se oscureció. Un gran viento nos obligaba a buscar refugio. De pronto el resplandor terrible de un rayo se dibuja en el horizonte. Un gran ruido en el cielo tormentoso, seguido de otros.

—¿Como otros tantos rayos de Júpiter? —pregunta Fisano—. ¿Hacia dónde estabas mirando?

—Te aseguro que lo veía frente a mí, sereno ante la tormenta. Al gran Rómulo.

—¿Cómo puede ser que en un instante desaparezca?

—Cien veces te lo cuento y contaré. Luego de los misteriosos rayos, Rómulo ascendió al cielo.

—¿Pero lo viste? ¿Estás segura?

—Nadie puede ver lo sobrenatural. Dejaría de serlo.

—Pero así fue.

Fisano sonríe a su madre. Nadie conoce la edad de Sabolia. Sin embargo, todavía es una mujer imponente. Sospecha que ha pasado los sesenta. Es admirable. Sabolia le cuenta, sin que le pregunten, cómo fue el año sin rey, después de la desaparición. Cuando luego fue elegido el senador sabino Numa Pompilio. Conoce

al sabino, también de la ciudad de Cures, como ella. Un hombre considerado sabio y justo, conocedor de las cuestiones religiosas.

Durante estos años Roma ha crecido cada vez más. Ha hecho construir templos, entre ellos el de Jano, el dios de las dos caras. Se abrirían las puertas en tiempos de guerra. Cerradas quedarían en paz. Ha instituido el año de doce meses. Pero no ha tenido hijos. ¡Un rey sin descendencia!

Sabolía intuyó que podía serle útil al rey y, a su vez, mejorar la situación de su aún pequeña familia. Fisano parecía llamado más a la agricultura que a las armas y a la conquista. Por eso había logrado ocupar unas tierras altas y allí se había instalado, ampliando el pequeño terreno de su padre, Drante.

El plan de Sabolía era conseguir más tierras y esclavos para el trabajo. Con eso se conseguía mayor poder en el Senado y en la ciudad de Roma. Fisano tenía ya su lugar entre los senadores, pero no alcanzaba. Sabolía quería más.

Una tarde hacia el final del verano, Sabolía, con un aroma intenso de perfumes preciosos, se presentó a Numa. Era tan intenso el aire que la rodeaba que los centinelas no veían si estaba sola o acompañada. El rey estaba por retirarse al interior de la gran choza que ocupaba cuando estaba en Roma. Un esclavo le anticipó que Numa no tendría tiempo para ella. Pero, sometido a sus efluvios, se hizo a un lado.

—Rey Numa.

—Generosa Sabolía, ¿qué deseas? Me voy a retirar para mi encuentro con la ninfa Egeria y, tal vez, Diana y Venus.

Era sabido que Numa dejaba frecuentemente a su joven esposa en Curas y venía a Roma no solo por los asuntos de justicia, sino por el fuerte impulso que estaba dando a la religión. Por la fuerza que recibía en su contacto directo con las divinidades del Olimpo. Se decía que había escrito también varios libros, con normas morales y enseñanzas litúrgicas.

—Antes de tus divinos diálogos déjame darte una pequeña ayuda terrenal. Luego verás a Egeria, con el agrado de los dioses y tu cuerpo ligero.

Sabolía se hizo a un lado. Lucrecia, bella, apareció detrás.

La joven se quedó, la mujer la dejó con el rey, sin ser vista, en medio de vapores calientes. Sabolía desapareció sin ser vista.

Con el tiempo, Numa tuvo, con Lucrecia, seis hijos.

Sabolía organizó con practicidad su nuevo grupo de esclavos para custodiar las tierras, las que tenían y las amplias y fértiles que además se agregaron.

Fisano resultó ser un brillante administrador. Un gran intuitivo. Parecía tener una especial comunicación con la tierra, el viento, el agua. En pocos años construyó varios depósitos, algunos sobre el Tíber, que rebosaban de ánforas y granos.

Sabolía era una mujer especial. No quería dejar al hijo sin el futuro asegurado. Por más que la fortuna y el destino eran, a veces, erráticos y se cruzaran con las Parcas en momentos inoportunos. Era la anciana una mujer organizada y planificadora.

—Rey Numa.

—Dime, sabia mujer. Tú eres sacerdotisa de Venus y protectora del reino.

Pero Sabolía no quería títulos para ella. Deseaba que su gente fuera parte de esta ciudad. Porque creía en la profecía de Rómulo, que decía que las fronteras en el futuro iban a ser infinitas. Por eso Numa había consagrado un altar en el Capitolio, a Terminus, dios de las fronteras.

Obtuvo para Fisano el nuevo nombre y gentilicio. Era impactante: Marcio Pampilia Fisano.

Sabolía ya estaba muy vieja, no sabía bien de dónde habían sacado ese gentilicio: Pampilia, que habría de ser el nombre su *gens*. Habían pasado muchos años de los cuarenta y dos del reinado de Numa Pompilio.

—Fisano, hijo mío, debes dar continuidad a nuestra familia.

—Ya habrá tiempo, madre.

—El paterfamilias es sacerdote de la casa. Los ancestros son y serán nuestro orgullo. Para la eternidad y en las estatuas de los lares, siempre deberán estar los antepasados. Claro, siempre que tengas prole, hijos, descendientes.

Fisano notó que su madre, últimamente, mostraba la costumbre de repetir con sinónimos las últimas palabras. Tal vez para demostrar su dominio del latín, superado el osco, su nativa lengua sabina.

Sabolia sentía cercano el final de su vida. Pero era una mujer práctica. Ahora, con dinero, era más fácil planificar y organizar. Ella resolvería el asunto.

Encomendó a un conocido, también muy viejo, de su antigua vida en Cures, que le trajeran un pedido, un encargo, unas personas muy especiales.

Fisano vivía casi todo el tiempo en la casa depósito cercana a los sembradíos y los olivares.

Aquella fue la última obra maestra de Sabolia. Le trajeron el conjunto de bellas bailarinas, expertas en sensualidad y pacientes en la tarea. Examinó con ojo de entendida a cada una. Solo les impuso una condición para la cual serían aún mejor recompensadas. De las diez aceptaron todas menos una. Con la décima, Sabolia acordó otro asunto, muy importante también.

Fisano nada supo hasta la noche. El vino corrió generoso en la gran fiesta que, por sorpresa, había organizado Sabolia. Sorpresa solo para Fisano y fiesta solo para él. Ella supervisó cada detalle. Acostumbrado a su madre, Fisano no puso ningún obstáculo. Entusiasmado por el vino generoso, entrenado por Baco, se dejó llevar por la música y el ritmo de las hábiles bailarinas. Sabolia había pagado mucho. Pero sabía que lo había logrado, iba a conseguir su objetivo; como con el rey Numa, así con su hijo Fisano. Diez eran las bellas, como ninfas. En la vida no se necesita tanta fantasía como practicidad era la clave para Sabolia.

La madre vivió diez meses más. Suficientes para ver nacer nueve hijos lindos y saludables de cada una de las mujeres. Así lo había planeado. Fisano parecía contento. Sabolia imaginó que Fisano volvería a las tareas del campo, olvidando a las bailarinas. Un romano atendía otros asuntos, pero no se ocupaba de los hijos, una vez nacidos. Sabolia devolvió las nueve mujeres a su lugar en Cures

y la décima criaría a los hijos. Así había sido el trato. Lo acordado bajo juramento. Era muy grave violar el juramento siendo testigos los dioses.

—No es extraño tener muchos hijos, de la *gens* Pompilia.

Fue lo último que dijo Sabolia.

Fisano, al fin también un hombre práctico, organizó todo como hubiera querido su madre. Un verdadero paterfamilias.

Un verdadero romano.

Capítulo IV

Lavinia

De los nueve hijos de Fisano, cinco habían llegado a los diez años. Eso demostraba la fortaleza de la sangre y, eventualmente, el mejor clima de la suave altura donde habitaban. Roma estaba a menos de una jornada y Fisano con cierta frecuencia recorría los depósitos sobre el río y, ya que estaba, pasaba por el Senado. Era un par de los cien, los padres fundadores de la patria.

Su madre había elegido la mujer adecuada para criar a sus hijos. Podía parecer algo extraño que todos tuvieran la misma edad sin tener la misma madre, aunque también podía interpretarse cual señal favorable de los dioses. Pero ninguno era hijo de la mujer que los criaba, mientras Fisano era el padre de cada uno.

El paterfamilias había llamado a esta mujer Lavinia. Ella no se llamaba así en Eretus, pero nadie la había reclamado y se había acomodado así en la casa. En los últimos años, de prosperidad por las buenas cosechas, habían agregado habitaciones y grandes establos y depósitos de semillas y ánforas. Ya era una gran construcción. También una discreta tropa de guardias patrullaba constantemente los alrededores cuidando la propiedad y, sobre todo, el ganado y las aves de corral. Esto la hacía sentir segura y Fisano, sin decírselo expresamente, le había dado total autoridad en la organización del quehacer diario. Lavinia sabía que Fisano la reconocía como esposa de una vez, que en aquella época se demostraba con la simple convivencia. Si bien, tras la muerte de la madre, había mostrado

grandes dotes de comerciante y agricultor. Pero no parecía muy ocupado en mujeres. Algunas tardes y varias noches la había visitado sin mayor pasión. Pero lo había hecho y Lavinia se conformaba con esa parte formal y pública de la familia. Extrañaba que hubiera tenido los nueve hijos con las nueve mujeres aquella noche hace más de diez años y luego no tuviera más hijos, pero la voluntad de los dioses se expresa de misteriosas maneras.

Una tarde de invierno Fisano volvía desde uno de los depósitos sobre el Tíber junto a dos de sus guardias. Al cabalgar reflexionaba sobre Lavinia. Era tiempo de que se ocupara más de ella como familia. No solo convivir, no era justo. Podría ser su mujer y estar en Roma con ella, incluso en algunas reuniones con el rey y su familia, donde muchos concurrían con sus esposas. Venía meditando esa decisión. La tarde se iba cerrando, la brisa era fresca, casi fría y húmeda. Los tres hombres cabalgaban en orden y pensando en llegar. Fisano sintió el silbido artero de un proyectil, solo atinó a curvarse un poco. Pero no lo suficiente para evitar la flecha que se clavó en su espalda, sobre el lado izquierdo. Los guardias se cerraron sobre él como escudos, pero solo su sangre salió de su boca. No dijo más nada. Dos bandidos los atacaron desde cada costado, por separado. Los guardias iban armados y con sus espadas derribaron a los atacantes. En el suelo los acabaron sin preguntar. Parecían de Alba Longa, o tal vez no. Era difícil estar seguros.

Lavinia vio llegar el cuerpo de Fisano. Lo preparó para las honras fúnebres. La pira ardió esa noche y al día siguiente un altar, a la entrada de sus tierras, lo recordaría para el futuro.

La mujer era ordenada y astuta. A los pocos días se presentó en Roma. El rey Numa la recibió con amabilidad. Le hizo una recomendación y le dio varios consejos. No fue en vano.

A los pocos años Lavinia había aprendido las artes del comercio y la agricultura. Cada vez era mayor la riqueza de la familia. Un griego experto en números y cálculos la ayudaba con precisión y eficacia. Contrató a algunos etruscos para fortalecer las defensas y prevenir los robos. Ella, como verdadera sabina, recorría la ha-

cienda y los depósitos de mercaderías, a caballo e incluso en auriga. Cumplió el consejo del rey Numa. Cneo Pampilia Jano era el hijo mayor. Era ya un hombre y, como era costumbre, fue su esposa. Tuvo con él dos hijos más, Licinia y Camilo. Pasó a llamarse Lavinia Pampilia. Su tutora, esposa, administradora y consejera. Cneo, senador y patricio de Roma.

El año en que nacieron los dos hijos murió el rey Numa. Como era costumbre, pasaron doce meses de interregno. Finalmente eligieron a un hombre ya mayor, Tulio Hostilio. Su abuelo había estado junto a Rómulo. Tulio era un rey guerrero.

Lavinia entendió los nuevos aires de la historia y logró que su hijo varón fuera entrenado para ser celer, o sea, miembro de la caballería selecta que custodiaba al rey, uno de los trescientos. Fue una decisión acertada. Le costó dinero, pero fue correcta. Cneo Pampilia Jano había hecho buenas migas en la ciudad. Roma era cada vez más grande. Ya contenía las siete colinas, incluido el Celio. La vida pública era importante. Cneo ocupaba el lugar correcto en el Senado, reforzando la tradición de los padres de la patria. De los hermanos de Cneo, de los cuatro, solo quedaba vivo uno, que murió ese mismo año.

La expansión de Roma debía forzosamente hacerse por encima de los vecinos. O bien estos se sometían voluntariamente o la fuerza de las armas los convencería. Ese fue el camino elegido por Tulio Hostilio.

El ambiente se hacía tenso con las ciudades poderosas de los alrededores. Pero especialmente una de ellas era para Roma un desafío complejo. Se trataba de Alba Longa. La del origen común por Rómulo y Rea Silvia. La de Numitor. La de la común ascendencia de Eneas. Las fricciones comenzaron por el robo de ganado, el saqueo de algunos almacenes y depósitos. Lavinia sabía que la guerra se avecinaba. Su propio hijo, aún menor, había sido entrenado para ser celer. Esa guerra, si bien necesaria, era riesgosa para todos. Ni imaginar el caso de perder la guerra. Los preparativos se sentían en el aire y se veían en la ciudad. Soldados de a pie, más que a caballo, entrenaban días enteros. Las armas se forjaban con esmero. Los

infantes se esforzaban en marchas que además entusiasmaban el ánimo guerrero. Lavinia y Cneo habían logrado abastecer de alimentos a las tropas y el rey los había recompensado con más tierras. Más aún si derrotaran a Alba Longa. Su hijo, aún tan joven, fue admitido entre los trescientos caballeros del rey.

Hubo algunas escaramuzas, pero se demoraba la batalla final. Lavinia, una mujer activa pero ya mayor, seguía los acontecimientos con ansiedad. Cneo tenía una casa en Roma, pasaba mucho tiempo allí y luego informaba a Lavinia sobre los acontecimientos. Pero Lavinia no quería dejar la hacienda. Había trabajo que hacer. Licinia, aún menor, ya comenzaba a aprender las virtudes de la tierra y la ayudaba con intuición y pericia.

Finalmente llegó el día de la batalla. Los sacerdotes y los augures, importantes en la ciudad, veían señales contradictorias. Los dioses no podían estar de acuerdo con esta lucha fratricida.

El rey albano, en el campamento enemigo, inesperadamente muere. En realidad, ninguna muerte es inesperada para los dioses. Pero esta vez los sacerdotes entendieron bien el mensaje. Mecio Fufecio, el nuevo rey, acuerda con sus emisarios y los de los romanos un modo para resolver esta batalla sin enfrentar a todos los guerreros, evitar derramar sangre de la misma estirpe.

Dado el parentesco entre romanos y albanos, serían tres hermanos romanos los que enfrentarían a tres hermanos albanos. Así fue. Los Horacios, romanos, contra los Curiacios, albanos. Primero murieron en ese combate a seis los dos romanos y quedaron heridas que parecían leves en los tres albanos. El romano ileso astutamente comenzó a correr como si estuviera escapando y aprovechando la progresiva debilidad de los heridos que intentaban perseguirlo, los mató de a uno y separados. Así Roma sometió a los albanos. Mil veces los dos caballeros de la guardia de Tulio, sus hijos, le contaron la historia a la orgullosa madre.

Así Lavinia comprendió que el poder de Roma crecería hasta el infinito. Los dioses estaban con los romanos; ella, ahora, era romana.

Dedicaría esos últimos años a asegurar el progreso de la familia y educar, fortalecer y hacer astutos y calculadores a sus dos hijos, Licia y Camilo.

